PRÓLOGO

Los estudios sobre el primer franquismo y la recuperación de la memoria histórica se han convertido en los últimos años en un auténtico *boom* historiográfico, desbordando ampliamente el particular campo académico. La fortuna editorial de algunos títulos centrados en el análisis de la represión, los campos de concentración, las cárceles de mujeres o los «niños perdidos» del franquismo, sumada a otras iniciativas de mayor repercusión social, como la exposición *El exilio*, organizada por la Fundación Pablo Iglesias en el Palacio de Cristal del madrileño parque de El Retiro en el otoño de 2002, o las actuaciones rehabilitadoras emprendidas por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y la Asociación Catalana de Presos Políticos, han puesto de manifiesto un renovado interés, en cierto modo inesperado, por el conocimiento de estos temas.

Este *boom* publicístico suscitó enseguida una viva polémica, en el mundo periodístico y universitario, acerca de un supuesto pacto de silencio y amnesia que habría impedido hasta muy recientemente tratar los aspectos más vidriosos de la violencia represiva del primer franquismo. Y sin embargo, como ha señalado Santos Juliá, la historiografía académica, incluso desde antes de la muerte de Franco, no había dejado de recuperar parcelas de la historia de los derrotados en la Guerra Civil: los partidos

republicanos, el movimiento obrero, sus líderes y organizaciones[1].

Ciertamente sólo la transición permitió afrontar una tarea más amplia de recuperación de los documentos semiperdidos o dispersos de las organizaciones del exilio para agruparlos en nuevos depósitos archivísticos (las numerosas fundaciones de organizaciones políticas y sindicales). A esto se ha ido sumando el levantamiento de las restricciones que impedían la consulta y estudio de otros fondos documentales especialmente significativos: ya sean los expedientes depositados en el Archivo General de la Guerra Civil en Salamanca, el sustancioso legado de las instituciones franquistas que alberga el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares, los legajos de origen judicial y de gobiernos civiles conservados en los respectivos archivos provinciales o determinados fondos custodiados en los archivos militares, caso de expedientes de tanta actualidad historiográfica como los que conciernen a las cárceles y campos de concentración del franquismo.

De esta forma, al compás del proceso de la transición democrática, numerosos proyectos de investigación han ido ampliando y renovando por completo nuestro conocimiento de la represión y la violencia durante la Guerra Civil y el primer franquismo, los procesos de depuración (en especial el de los maestros) y los exilios, mucho antes de que estos aspectos se convirtieran en temas de moda a comienzos del nuevo siglo. Es más, es indudable que el suceso publicístico y mediático del que hoy gozan no hubiera sido posible sin el previo y callado esfuerzo de los grupos de investigación –Centre d'Estudis sobre les Époques Franquista i Democràtica (CEFID) de la Universidad Autónoma de Barcelona, Reçerques, Grupo de Estudios sobre la Batalla del Ebro, Grupo de Estudios y Actividades Socioculturales (GEAS), coordinado por Ortíz Heras, entre otros–, estudiosos y doctorandos que han dedicado sus

afanes a explorar dichas realidades. Es claro que una buena divulgación histórica sólo puede hacerse sobre la base de investigaciones sólidas y pacientes como las que se han concluido en la última década.

Ahora bien, tampoco es casualidad que hayan tenido que pasar 25 años para que se pudieran plantear de forma más explícita y pública, incluso con el riesgo de la manipulación política, temas que conscientemente se «habían echado al olvido» (no olvidado, como distingue Santos Juliá), para facilitar con ello la reconciliación o la reconstrucción de la convivencia democrática en el contexto del acuerdo constitucional de 1977-78[2].

En efecto, el pacto de la transición-reconciliación supuso la amnistía política para unos (los antifranquistas, incluidos los militantes de ETA) y la «no depuración» de otros (los funcionarios de los ministerios políticos del franquismo, reciclados para la etapa democrática). De alguna forma puso algo de sordina, aunque fuera consciente, al estudio y reivindicación de los represaliados y ejecutados, y a la correspondiente identificación de sus verdugos. Tanto que ha tenido que pasar una generación para que, en un contexto político diferente, se planteara la exhumación de los enterrados en fosas comunes o, en otra dimensión, la condena político-parlamentaria del principio legitimador del franquismo: «el glorioso alzamiento nacional». Recuperación de la memoria histórica de la represión franquista que se ha avivado tras la llegada al poder del Partido Popular, según Carme Molinero, porque éste es percibido, en ciertas franjas de la sociedad española, «como heredero del franquismo y, por tanto, de los vencedores que tanto hicieron sufrir a los que todavía no habían obtenido reconocimiento por su compromiso con la democracia»[3].

Esta rehabilitación de la historia de los «derrotados» ha pasado por diversas fases, dependiendo en buena medida,

como siempre ocurre, de su propia capacidad para impulsar el consiguiente rescate de la propia memoria. En este sentido, las biografías de los grandes protagonistas (Azaña, Negrín, el exilio intelectual, etc.), así como los estudios sobre las organizaciones republicanas y sobre los partidos y sindicatos obreros se han desarrollado paralelamente a su consolidación como fuerzas políticas relevantes en el nuevo régimen democrático. En el plano local se han promovido igualmente numerosas investigaciones e iniciativas con el fin de reivindicar y sacar a la luz ese pasado derrotado y silenciado.

Sin embargo, paralelamente a la historia de los personajes e instituciones, la nueva historia social, de tanto auge en la historiografía internacional a partir de los años 70, ha contribuido igualmente a restituir la memoria y el papel histórico de los derrotados anónimos, de la gente común, a veces «poco corriente» al decir de Eric J. Hobsbawm. La historia social «desde abajo», la historia popular, la historia de los movimientos sociales (no sólo del Movimiento obrero), la historia de la mujer (luego de «género») y la nueva historia de los pobres y marginados, entre otras, están desempeñando un papel decisivo en esa reparación de la memoria de los vencidos, represaliados, depurados y exiliados, de la guerra y de la dictadura franquista.

Claro que tal ampliación de miradas y perspectivas requiere acompañarla de materiales más próximos a la memoria popular, caso de las escrituras, voces e imágenes que acuden a este libro. Con esto no queremos decir que otro tipo de fuentes, incluso las más convencionales, no sean válidas para afrontar este universo. En ese orden basta tomar en consideración el modélico estudio de Conxita Mir sobre el «vivir y sobrevivir» en la posguerra para comprobar lo mucho que puede dar de sí la documentación judicial en torno al devenir cotidiano de las clases populares[4]; pero, por lo mismo, tampoco es sostenible el descuido,

cuando no desprecio, con que a veces se tratan los nuevos filones documentales.

Acaso las fuentes orales llevan algo ganado puesto que hasta hace nada han constituido la base primordial de la nueva historia social «desde abajo». Su utilización por parte de los historiadores ha ido muy ligada al diálogo con los métodos y temas de investigación de la antropología, de modo que ésta ha jugado un papel revulsivo para la nueva historia social análogo al que en su día desempeñó la economía en la primera historia social (y económica) de la escuela francesa de *Annales* y de Vicens Vives en España.

Con el paso de los años dichas fuentes han ido cobrando el prestigio y la consideración que antes se les había negado abriéndose un lugar propio en la historia del «tiempo presente», especialmente en cuanto atañe al estudio de las experiencias y vivencias de aquellos que apenas habían dejado o podían dejar otro testimonio documental que no fuera el oral. De ahí el relieve que han adquirido en los estudios sobre las mujeres y, en general, sobre los individuos y clases populares, tradicionalmente menos alfabetizadas. Por no mencionar otros referentes internacionales, la serie de encuentros propiciados por el Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense de Madrid, debidos inicialmente al impulso de María del Carmen García-Nieto, así como los trabajos pioneros de Mercedes Vilanova y su labor al frente de la veterana revista *Historia, antropología y fuentes orales* (antes *Historia y fuente oral*), junto a otras muchas empresas, académicas o no, han servido para ir abriendo un camino en el que se han insertado proyectos y estudios directamente relacionados con las vivencias de la guerra y de la posguerra, de la represión y el exilio, pero también de la vida cotidiana en sus diversas manifestaciones.

Sin que dichos testimonios puedan ser mitificados ni reproducidos acríticamente como la «verdad», ni menos

aún manipulados al servicio de las propias hipótesis, tampoco hay razones para negarles su validez en el taller del historiador. Sujetos a las reglas y controles clásicos de la crítica documental, inexcusable cualquiera que sea el origen del documento, los registros orales se suman así al repertorio de materiales con que ha de trabajar el historiador, especialmente el contemporaneísta. Entre los que también están llamados a desempeñar un papel fundamental las imágenes, fijas o en movimiento[5], y la producción escrita de las clases populares.

Del aprovechamiento de las primeras para el caso concreto de la Guerra Civil española se tiene una singular demostración tanto en los volúmenes que han aparecido en los últimos años, destacando el interés de la fotografía para el estudio de esa coyuntura, como en las exposiciones de materiales de entonces: ya sea la celebrada el pasado año en Salamanca sobre la propaganda durante la guerra, las más reciente del verano pasado en el madrileño Círculo de Bellas Artes sobre las Brigadas Internacionales o una más amplia organizada en Italia hace cuatro años[6], de la que Santos Juliá ha dicho que «marca un verdadero hito en el acercamiento a las imágenes, propaganda, arte y tantas cosas en torno a las representaciones de la Guerra Civil española»[7]. La senda queda abierta y aún es mucho lo que éstas pueden explicarnos para la comprensión del devenir histórico y de las mentalidades subyacentes en cada momento.

En cuanto al testimonio documental de las clases populares huelga con remitir a los trabajos de Rémy Cazals sobre la Primera Guerra mundial en Francia o a los del grupo de la Universidad de Génova, encabezado por Antonio Gibelli, y de Quinto Antonelli sobre los diarios y epistolarios de los soldados italianos en las dos guerras mundiales, para convencernos del aprovechamiento que puede hacerse de dichos documentos como fuente de indagación his-

tórica. No ya para aligerar determinado discurso ni siquiera por la emotividad que puedan albergar dichos papeles, como piensa más de uno, cuanto porque dichos escritos contienen páginas de vida que es preciso incorporar al libro de la historia para que éste cuente con todos y sea plenamente democrático.

Frente a quienes suelen despreciar su valor como documentos históricos tildándolos de sentimentales y subjetivos, como si los papeles oficiales contaran toda la «verdad», los escritos de la gente común aportan otra mirada al devenir colectivo. Las escrituras populares, como algunas de las que asoman a las páginas del presente volumen, nos acercan a la cotidianeidad de quienes hicieron la guerra o sufrieron la represión franquista internándose en lo que Conxita Mir ha llamado sus «efectos no contables», nos desvelan parte de sus convicciones y temores, sacan a flote existencias y tragedias personales que otros documentos reducen al gélido dato de un número en una lista. Por sí solos dichos escritos no hacen la historia, pero ésta tampoco puede prescindir de ellos salvo que quiera perpetuar alguno de los silencios y olvidos que en el tiempo han sido.

Los llamamientos públicos hechos por la Cadena SER entre septiembre de 2001 y junio de 2002 a través del programa *Hoy por Hoy*, luego parcialmente vertido en el libro *Los años difíciles. El testimonio de los protagonistas anónimos de la guerra civil y la postguerra*, editado por Carlos Elordi, y por *El País Semanal* en torno al exilio (12 de enero y 16 de febrero de 2003) y a las experiencias vividas en las cárceles franquistas (15 de junio de 2003) han valido para constatar la riqueza y aprovechamiento que pueden deparar dichas escrituras en la medida que el historiador las incorpore a su quehacer. A la vez que pueden servir para despertar nuestras conciencias e impulsar la conservación de la memoria popular, no ya en el particular baúl de cada

uno sino en centros destinados expresamente a ese fin. El camino se ha empezado a andar por algunos archivos e instituciones volcados en ello –caso del Arxiu de la Memòria Popular de La Roca del Vallés, el Fondo de la Deportación del Arxiu Municipal de Castellar del Vallès, el Museo del Pueblo de Asturias, el Archivo de la Escritura Popular «Bajo Duero» de Zamora o el Arquivo da Emigración Galega de la Xunta de Galicia–, pero aún es mucha la tarea pendiente.

Cartas, memorias, diarios, relatos autobiográficos o álbumes familiares, amén de ciertos documentos oficiales, son exponentes de esa memoria de las clases populares en la que quiere detenerse este libro. Su contenido retoma parte de los trabajos presentados en las jornadas que con idéntico título organizamos en la Universidad de Alcalá en noviembre de 2002, más alguna otra contribución. Se profundiza en algunos asuntos de plena actualidad historiográfica como es la represión franquista, objeto de varias colaboraciones centradas en la «memoria del terror» desde la perspectiva de los documentos personales de quienes padecieron aquellas experiencias (cartas desde y a la cárcel, diarios y memorias de presos, lecturas en prisión), y el exilio, singularizado en el caso de los maestros. Nuevas miradas y nuevos textos que igualmente se ponen en juego al revisar el miedo y el hambre de los emigrantes gallegos o las maneras de representar la escuela comparando las imágenes de la misma en la Segunda República con las del período franquista. Es cierto que estos estudios no agotan los temas contemplados ni sus muchas aristas, pero exploran territorios algo inexplorados, destacan el papel de otras fuentes, en especial las escrituras personales de la gente común, y ponen de relieve la validez científica de los testimonios escritos, orales y gráficos que han transmitido la memoria popular de un período tan terrible como significativo de nuestra historia.

Más allá de la comunidad universitaria, este libro quiere encontrarse con los lectores comunes e incluso con algunos de sus protagonistas anónimos o con los descendientes de éstos. Quiere contribuir modestamente a esa recuperación de la memoria popular, que a todos nos afecta, haciendo valer sus efectos terapéuticos y sociales. De un lado por lo que hay de catarsis en cada ejercicio de escritura personal donde el sujeto se enfrenta consigo mismo para narrar lo que vive o rememorar lo vivido, incluso con su eventual dosis mistificadora. De otro por la voluntad de abrir y democratizar la escritura de la historia sacando a flote el testimonio y la experiencia de la gente común, y haciendo que ésta se sienta partícipe de ella. Y todo porque, como bien ha puntualizado el filósofo Reyes Mate, «si queremos que el futuro sea otra cosa que mera prolongación de este presente, hay que recurrir a las esperanzas frustradas de los vencidos. Reconocer que nuestro relativo bienestar está construido sobre el olvido de ese continente frustrado y, por tanto, sobre el desprecio de su derecho a la felicidad, es la palanca política capaz de proporcionar novedad, pues supone comprender lo esencial de la memoria: que el olvido es una injusticia sobre la que está edificado nuestro presente»[8]. Recordar antes que olvidar.

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ
FELICIANO MONTERO GARCÍA
Universidad de Alcalá